



Diálogos a ciegas

En la escritura no hay manifestación o exaltación del gesto de escribir; no se trata de la sujeción de un sujeto en un lenguaje; se trata de la apertura de un espacio en el que el sujeto que escribe no deja de desaparecer.
¿Qué es un autor? Michel Foucault

Aquí el juego en el que convergen las historias mínimas, íntimas, de quienes convocamos para aportar a esta conversación que hacemos pública:

Yo era una chica católica. Llegué a la Escuela de Filosofía en el caluroso verano del '95. En el curso de nivelación me esperaba Cristina Donda, la celestina de esta historia. A fines de febrero leímos "¿Qué es la Ilustración?" y allí comenzó una relación carnal con Michel que todavía me conmueve. Yo venía, digámoslo todo, con muchas preguntas en el culo. Michel se encargó de contestarlas. Otro poco haría después ese otro putito tóxico que se llama Ludwig, pero esa es otra historia... Pese a que este cuerpo pasó por varios cuerpos, siempre retorna al de Michel. En su cama siempre se encuentra placer, consuelo y futuro. Es uno de esos amantes a los que no se puede dejar de retornar. Por eso volvemos a él, por lo que le hace a la filosofía: porque la corrompe sin malograrla, porque la dispone para otros usos, porque la desfigura sin volverla irreconocible. Volvemos a él por lo que nos hace a cada una de nosotrxs: Michel es una dominatrix fogosa y avezada. Porque nos ha disciplinado con amorosa cautela, porque nos ha descubierta los pliegues oscuros de la carne, a Michel se vuelve siempre para que nos confunda con sus preguntas.

Emma Mangialardo



El juego fronterizo es lo que siempre me sedujo del pensamiento foucaultiano. No sólo porque invita a caminar por las cornisas de lo pensable en términos de quién estoy siendo, cómo dispongo de los múltiples atravesamientos que me constituyen, rozo la comprensión de los modos en que mi práctica cotidiana produce subjetividad, y las maneras en que habilita a pensar el poder. Su pensamiento es casi una provocación: lejos de anquilosarse en la simple descripción de lo que es, nos señala, tironea, nos reclama refundar los ademanes del poder sobre los cuerpos (diciéndonos partícipes, cómplices necesarios de los órdenes que habitamos). Manantial interminable de hilos de los que tirar, en los que enredarse y dejarse desarmar, Foucault escribe -en esa maravillosa mixtura entre poesía y filosofía- con el sutil arte de quien mira a lo lejos, y acerca otros horizontes.

Magdalena Halla

Recuerdo la primera vez que escuché el nombre de Foucault, una clase de Historia Política del Siglo XX en el primer año de la trayectoria común de las carreras de Humanidades en Tucumán. Nada parecía muy relevante. Hyppolite, Hegel, Blanchot, Genet, Sartre y Beauvoir parecían nombres de alguna película de autor francesa. No hubo un porqué, pero sí una explicación, una sucesión de eventos insignificantes, la ficha de los libros de Foucault en la biblioteca, la compilación de entrevistas editadas bajo el mejor título posible, *Mi Foucault*, llegaron sin contexto alguno. Vigilar y castigar fue atractivo pero no lo suficientemente atractivo, el menos visitado en la obra de Foucault es el que transformó la relación con el mundo interior-exterior, *Enfermedad mental y personalidad*. El mundo parecía más imposible de abrazar, y más preciso de abordar. La Filosofía no lograba hacer sentido, pero ese mundo y sus comentarios fueron decisivos; cuando le comente a mi profesor de Filosofía de las Ciencias que *Las palabras y las cosas* me parecía relevante para pensar la Epistemología que me interesaba, me dijo: ¿sabías que Foucault era gay? Y eso cambió mi vida para siempre. La historia de mi sexualidad

hizo todo lo posible por rearticular las palabras y las cosas a una política epistemológica más amable con los deseos que nos inventamos.

eva san

El pensamiento de Foucault me toca y no consigo dar cuenta plenamente de las maneras en que lo hace. Debo, por supuesto, hablar de herramientas conceptuales, pero no tan solo; hay algo en el modo de realizar su práctica intelectual que me inspira, me desafía, me enseña.

En primer lugar, su práctica filosófica: Foucault me enseña a demorarme en las preguntas, prestándole atención a las condiciones de su formulación, a cómo son posibles en ese tiempo, entrelazadas con esas dinámicas de poder. En segundo lugar, su práctica docente: Foucault me enseña con la forma de organizar sus Seminarios. Si bien se dice que, en algún sentido, en sus clases Foucault era un intelectual tradicional, es fascinante su forma de entender la docencia como el compartir de una investigación en movimiento, permitiendo que ella lo transforme, lo haga cambiar de rumbo, lo sorprenda.

Por último, Foucault me enseña inclusive por fuera de sus textos con lo que podría llamarse su práctica espiritual: tanto en la búsqueda por hacer de sí mismo una obra de arte a través de prácticas corporales concretas –como su involucramiento con el BDSM, o con alucinógenos–, como en su compromiso con agendas políticas contemporáneas.

Ana Cunumí (Bebeta)

La historia es larga y sinuosa, semejante a una red de es-corrientías. Más bien, de vertientes que afloran en el valle cuando llueve en las Sierras. Llegué a Foucault –ahora que lo pienso Foucault llegó a mí–, en medio del entusiasmo histórico-crítico de mis primeros años académicos. No fueron ni Kant, ni Heidegger, ni Séneca. Me lo trajo Jacques Le Goff y su crítica de la edad media como categoría historiográfica, en el marco más amplio de su tesis acerca de la función social de la historia, que fue para mí –ahora que lo pienso– una puerta a

la obra de muchos filósofos entrañablemente indispensables. Pero debo reconocer, ahora que lo pienso, que la complicidad con Le Goff y todo lo que le sobrevino fue un regalo inapreciable y seminal (otro más) de mi maestro, Leonardo Sileo. El caso es que ese joven intransigente e idealista que era, seguro de sí y de su trabajo por el respeto al valor documental del texto, su historia redaccional, su contexto y la mar en coche, vio caer por entonces a Foucault como un paracaidista en traje de baño a la traducción española del *Colloque de Royaumont* de 1962 sobre *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVII)*. Foucault había presentado una ponencia sobre *Las desviaciones religiosas y el saber médico*, que no leí. Lo encontré hablando de tú a tú con los doctores de la *Ley*: Chenu, Duby, Leff, Marrou, Manselli, Le Goff, Violante (hasta Gershom Scholem, a quien todavía no tenía el gusto de conocer), en los debates que acompañaban cada Comunicación. Eso fue lo primero que leí, ahora que lo pienso. Como ya llevo setenta y tres palabras de más, salto a Córdoba, medio en paracaídas, medio en traje de baño... Y me encuentro con Mattio en la Cátedra de Filosofía Medieval (literalmente). Cayó entonces como agüita mansa y pareja la crítica foucaultiana de las Ciencias Sociales y la arqueología del saber, por culpa de la cual estuve a punto de perder mi primer concurso para la Cátedra. El río de Foucault irrigó gran parte de mi actividad académica de aquellos primeros años en la UNC: las tecnologías del yo, la hermenéutica del sujeto, *Las Meninas*, la *signatura rerum*, la ontología de nosotros mismos, las palabras, y un montón de cosas que confluyeron en mis trabajos en torno al "problema del género" en la Edad Media y en mi comprensión de la historia de la filosofía. Mi queridísima Cristina Donda, y una cascada de estudiantes cómplices de inolvidables extravagancias. Los ensayos de Paul Veyne sobre Foucault y este hábito que le debo de vigilar mis propias prácticas.

Marc Rénard

Un gesto. Foucault nos tocó en suerte, en el azaroso encuentro de la cronología del tiempo contemporáneo y en la obstinación de quienes recuperaron fragmentos de su pensamiento y tuvieron la generosidad de rearmar y multiplicar. Foucault es la memoria de un relato en la noche en un aula de verano, es un texto que no entendimos, una conferencia que nos incomodó, una imagen que nos llevó a repensar el quehacer filosófico.

Pero, más que tocarnos, a muchas nos desarmó. Desarmó una estructura de pensamiento, nuestras propias categorías de lectura de nuestro presente y nuestro mundo. Transformó y habilitó un modo profundo de preguntar. El ¿cómo es posible?, esa forma de la inquietud que nos lleva a seguir con el problema, a retorcer la linealidad y causalidades únicas, a repensar los modos en los cuales somos con otrxs. Sus palabras nos tocan, su gesto nos convoca, su pensamiento nos cautiva. Otro orden del deseo.

En su largo desarrollo, los fragmentos de su producción, de sus palabras, de sus acciones creó un espacio-otro de la Filosofía. Una mirada desde-hacia los márgenes, en la que con profundidad y una pluma admirable, conjugó claridad con imprecisión, sagacidad y tenacidad, desafiando los modos académicos de producción y reproducción de los saberes. Casi como un giro sobre esa modernidad que nos vio nacer, y cuyo fastasma nos persiste.

La potencia de su pensamiento nos lleva a repensarnos en lo más profundo de nosotras mismas, la propia sujeción, y nos trasciende hacia ese exterior que nos constituye. Nos convoca a un modo de construir saberes, de estar, de habitar y construir el ser con otras que nos aleja de la apatía, el individualismo. Nos enseña a caminar ese borde indescrptible, a desafiar cualquier normalidad aparente, cualquier comodidad. Porque despierta un deseo, despierta inconformidad, despierta un modo de mirar que nos desafía -en una lectura crítica del presente- a intervenirlo. ¿Qué es la filosofía sino eso?

Clara Sospecha



El encuentro con otro tipo de desmoronamiento, todo transcurre en los tallos más flexibles y subterráneos, eso que se dispone es un gesto desde donde se dice y se enuncia un pensamiento. Leer a Foucault fue un acto ignífugo, habitar una escritura contagiosa, esa intensidad parece rodear un abismo. ¿Con qué funciona, en conexión con qué hace pasar, qué multiplicidades introduce, con qué cuerpos hace converger el suyo? Existe un pensamiento inmerso en una práctica de lectura enmarañada, palabras que mueven cuerpos y eso, tal vez, era lo que nos movía, un ritmo propio hecho de agites, palabras como lanzas, cuchillas, como armas para dar pelea hacia lxs otrxs, hacia nosotrxs, hacia nada.

Devoramos a Foucault, algo que fue desde el inicio un acto compartido. Leímos a Foucault en esa trinchera, ese mareo, esa mezcla incómoda y escurridiza cuando habitábamos el aire asfixiante que retumbaba en las aulas. Encontramos a Foucault en un lugar apartado que habitaba al interior de la enseñanza de la filosofía académica, la escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. Llegamos a Foucault un poco antes, al calor de las asambleas barriales durante el 2001, masticar sus líneas en la militancia, textos breves como puñaladas y después le sobrevino la euforia y un sentimiento secreto de haber cometido un error irreparable, puro entusiasmo que viene a descubrir una pasión por el lenguaje, por la política, por el afuera.

Dar con las fotocopias, el contrabando, fragmentos seleccionados de libros, entrevistas, citas de citas, eso fue una posibilidad latente porque en Foucault encontramos un procedimiento por imágenes y un tráfico democratizado de discursos, un acto de escritura abierta que avanza en su cadencia poética, a través de frases y sentencias condensadas que conservaban su misterio, ese resto que se posa sobre unx y cuando se aleja se vuelve incomprensible.

Yuri Gagarin

Yo me había encontrado con algunos textos cuando los textos eran objetos, apuntes o libros, en la época quiero decir, en que

las palabras eran cosas. El librito pequeño de *El orden del discurso*, subrayado hasta el sin sentido, la introducción a *Las palabras y las cosas*, y alguno más. Pero creo que fue la manera de Carlos Martínez Ruiz y de Cristina Donda la que me acercó a su filosofía y tocó mi manera de pensar, ya para siempre dañada. En el caso de Carlos, fue la puesta en tensión de los campos de saber la que me hizo mirar la (historia de la) filosofía medieval de otro modo, y eso finalmente fue el germen de mi insistente pregunta por la temporalidad. En el caso de Cristina, no alcanzaban los espacios para escucharla hablar. La escuché en la carrera, la seguí a unos cursos que daba en El Puente, en Barrio San Martín, donde leíamos *La hermenéutica del sujeto* y ella peleaba a psicoanalistas diciéndoles que el psicoanálisis no debía hacer Iglesia. La aplaudían.

Un día mi mamá me preguntó si necesitaba algún libro para la facultad. Educada en la austeridad pero tentada en el deseo, mentí: le dije que necesitaba *La arqueología del saber*. Me moría de ganas de leerlo. Lo compré en Rubén, lo forré para cubrirlo pero ingenua, el plástico debió haber sido para mí: su lectura abrió el mundo en esa manera que lleva a perseguir por la casa atormentando a cualquier desprevenido con la lectura de ciertos pasajes. Después de años de compartir la idea foucaultiana del poder en clases, cada vez que preparo qué decir, vuelve a sorprenderme el resquicio. Al final no mentía, lo necesitaba, lo necesito.

Viveka Dubrovskaya

Foucault me mostró un posible enlace entre práctica intelectual y práctica política, advirtiéndome que la ética intelectual es una ética sin más. Aunque muy particular. Una ética en que los cuidados no son disyuntivos de los agonismos, y para la cual el primer agonismo es el del propio juicio sobre una misma. Sostener el conflicto interno como forma de no simplificar la complejidad de las vidas y de no ceder al conformismo con la realidad. Y no olvidar junto a los combates las gratitudes, porque nada nos mantiene mejor en pie de lucha que

los aprendizajes y reconocimientos que debemos y tenemos y legaremos como libertades que valieron y valen las penas.

Además de un estilo de relaciones y de prácticas, esa ética en sus posibles perfiles históricos es mi tema de investigación hace unos años. Algo así como una prudencia disidente.

Creo que presentó los planteos filosóficos como intentos de respuesta a preguntas punzantes, sugiriendo un desasosiego como comienzo de las elaboraciones filosóficas. La historia de la filosofía se abre así como una larga conversación en la que podemos incorporarnos, sin pedir credenciales a nuestras inquietudes – para ver si cuentan como filosóficas o no. Con todo, creo que fue filósofo al presentarnos la verdad a la vez como un problema y un propósito enorme. Y fue un buen profesor al invitarnos a la reflexión filosófica como quien busca compañerxs para una causa sin ortodoxias; con el deseo puesto más bien en el encuentro y en lo que pueda suceder a partir de ahí.

Quizás hoy sobre todo nos sirvamos de su pensamiento para ponerle no sólo ideas sino el cuerpo a la tarea crítica, como una forma de atención vital, en el doble sentido de estar en alerta y en actitud solícita con y junto a otrxs. Probablemente sigamos estudiando sus análisis sobre la disciplina y la gubernamentalidad no sólo como apoyo para avanzar en la comprensión de las nuevas metamorfosis del poder, sino para seguir constatando toda la libertad que se les escapa, su afortunado fracaso permanente. Aunque dañen.

Imagino que las ofrendas se enlazan desde tiempos remotos, que las del pensamiento son de las más generosas y que la mejor manera de corresponderlas es no interrumpir esa serie. Para el pequeño eslabón que me toca, me resuenan unas palabras del poeta Raúl Gustavo Aguirre junto a las de un querido maestro nietzscheano, también apasionado por la filosofía y la literatura, que me lo compartió en alguna ocasión. Palabras que aluden a la posibilidad de una ética en la que el juicio, como la belleza y la verdad, se transforma sin cesar en sí mismo y se consume en el puro poder de ese incendio que es la vida.

Juana Marchisio

Es imposible leer a Foucault sin encontrar en cada una de sus palabras una denuncia contra lo intolerable y una invitación a la inquietud personal y a la agitación política. La práctica intelectual de Foucault es inseparable de un afán de transformación de nuestras prácticas micropolíticas de subjetivación, pero sin perder de vista la escala macrofísica que nos alerta sobre las formas de sujeción. El pensamiento de Foucault es eminentemente político, una potencia vital que resiste a las formas de dominación y lucha por la reapropiación de las fuerzas de creación.

Foucault sacó la filosofía a la calle, la hizo aliarse con prisionerxs, sujetxs racializadx, trabajadorxs precarizadx, feministas, migrantes, personas de la diversidad sexual, rebeldes, incorformistas políticos, artistas, pero con el firme compromiso de no hablar por otrxs. Seguir el gesto filosófico de Foucault nos demanda dejarnos interpelar por el presente, cuestionar los modos de expropiación por parte del régimen capitalista, colonial y patriarcal, y buscar colectivamente los modos de trastocar al mundo y a nosotrxs mismxs.

Arde Troya

El que dice qué importa quién habla, el que escribe para perder el rostro, el que cita a Marx sin comillas, el que ausente de París camina por las calles revueltas tal como lo imagina Blanchot, el que cae en la trampa de Vincennes, el que toma el megáfono en una manifestación, el que tiene la precaución de no hablar en nombre del universo, el que pasa largas horas en la biblioteca procurándonos algunos indicadores tácticos en caso de querer luchar, el egresado reciente que trabaja en un hospicio, el que antes de escribir un libro sobre el castigo inventa con otrxs el Grupo de Información sobre las Prisiones, el que conversa amigamente con Deleuze sobre las formas de conectar teoría y práctica, el jovencito atribulado que piensa en el suicidio, el que escribe una historia de la sexualidad elevándose sobre diagnósticos y crucifijos, el que conoce el amor y sonríe, el que tiene el coraje de ser quien es y

decir lo que piensa, el crítico del neoliberalismo, el que escribe una introducción a la vida no fascista, el que no se enamora del poder, el que sabe que va a morir, el que todavía camina entre nosotros.

Foucault vino a confirmar una corazonada estudiantil –además de darle espesor histórico y consistencia analítica– sobre la necesidad de hacer filosofía de manera situada, desde un punto de vista, a la vez, epistemológico y político. Vino a caducarle las hojas a la filosofía perenne y abrirle un hueco al determinismo de la dialéctica: la filosofía como diagnóstico del presente, como crítica histórica de lo que somos, como transformación posible.

Una filosofía con rigor conceptual que no prescinde de la escritura literaria y que, para analizar el funcionamiento de una palabra, no recurre solo al habla cotidiana sino a las relaciones de poder que atraviesan toda sociedad. Ante los continentales, una analítica. Ante los analíticos, una literatura. Ante la pura teoría, una analítica del poder.

Hay una suerte de procedimiento teórico que es también un principio ético y una táctica política: consiste en tomar dos opuestos (liberalismo y marxismo; Reich y Lacan), encontrar el suelo común en el que crecen, detectar qué es lo que quedó relegado en los márgenes, partir de ahí y trazar una diagonal, contar una historia a contrapelo.

Entonces los libros como experiencias colectivas: para calibrar el saber psiquiátrico, contar una historia de la locura; para entender nuestras sociedades disciplinarias rastrear el nacimiento de la prisión, para pensarnos como sujetos éticos trazar la historia de la sexualidad. Procurar ser transformado por la escritura, que nunca se hace en solitario: se escribe siendo parte de un movimiento colectivo e interviniendo en un campo de fuerzas en disputa.

Herminio Garzón Rovaretti

Córdoba - Argentina

ffyh

Publicaciones

ffyh

unc

Colecciones

del fflyh

Por una filosofía del presente. Derivas foucaultianas (La ed.)

Constanza San Pedro y María Victoria Dahbar (Eds.)

Constanza San Pedro (et al.)

Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Octubre de 2025 [Libro digital]

Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Reconocimiento](#)

- Compartir Igual (by-sa)